

PRESENTACIÓN EN GETAFE (6/11/03)

Muchas gracias Margarita por tu cariñosa presentación.

Recuerdo haber venido a Getafe por vez primera una desapacible madrugada de primavera de 1972. Los trabajadores de la fábrica John Deere estaban en huelga y yo era uno de los cientos de estudiantes que desde 1966 habíamos participado en la caída del SEU y en el nacimiento del sindicato democrático en la Universidad Complutense. Muchos considerábamos natural alternar en las asambleas los gritos de "libertad, libertad" con consignas tales como "obreros y estudiantes contra la dictadura".

Había huelga en John Deere, los sindicatos libres seguían siendo ilegales, y el otoño anterior la policía había disparado contra un piquete y matado a un obrero de la construcción llamado Pedro Patiño. Yo me había unido a un partido de izquierdas como consecuencia de aquello. Entre las obligaciones morales de los militantes no obreros figuraba

ayudar de vez en cuando en el reparto de octavillas pasquines y a la salida de las fábricas. Sobre todo si había huelga.

Éramos cinco a bordo de un SIMCA 1200 de color blanco. Yo iba en el asiento de atrás con dos bolsas de llenas panfletos entre los pies. No recuerdo bien el recorrido pero debió ser por el interior del polígono industrial. Llegábamos a la entrada de una fábrica, esperábamos a que se acercase un grupo de trabajadores y tirábamos un puñado de panfletos por la ventanilla. Luego nos alejábamos a toda prisa.

Recuerdo bien la madrugada, fría y húmeda. Las calles estaban llenas de baches y charcos. Tenían poca iluminación. Algunas no estaban asfaltadas. Estábamos nerviosos. Prestábamos más atención a nuestra ansiedad que al entorno. No recuerdo los detalles. Sí que todo me pareció gris y sórdido, como si en lugar de agua aquella niebla baja rezumara tristeza.

No pasó nada. Algunos viandantes nos miraron con curiosidad. Nadie mostró entusiasmo o asombro. Tampoco hostilidad. No nos

topamos ni con “los grises” ni con la policía municipal. Nos sobraron algunos panfletos que, de regreso a Madrid, arrojamos frente a la fundición Aristrain. Yo estaba excitado. Tenía 23 años y había sido mi primera actividad política manifiestamente ilegal. “Nada - me dije con la inconsciencia propia de la juventud - volverá a ser igual para mí desde ahora”

Tardé más de veinte años en regresar a Getafe. Cuando lo hice, había democracia y los gobiernos de España y de Getafe estaban en manos de un partido de centro-izquierda. Una década de esfuerzo inversor público en los municipios del sur de Madrid comenzaba a dar frutos. Se acababa de inaugurar el nuevo hospital del INSALUD de Getafe que era (y confío siga siendo) ejemplar por muchos motivos. Por razones personales y profesionales visité a menudo ese hospital durante varios años. Y, también, la recién nacida Universidad Carlos III, maduro ejemplo hoy de universidad pública moderna y de calidad.

Aquellas breves visitas esporádicas me permitieron una aproximación inevitablemente superficial al Getafe moderno. Pude

comprobar, eso sí, que había más escuelas públicas y más centros sociales. Las calles tenían más alumbrado y menos baches. Y el ambiente ya no era ni triste ni sórdido. Al contrario, Getafe me pareció una urbe en plena evolución, vibrante y llena de vida.

Poco después me fui a vivir a los Estados Unidos y me quedé durante ocho años. Regresé. Rosa Blanca Pérez López, una amiga y compañera de trabajo que vive en el sector tres, se enteró de la presentación de este libro mío en el Ateneo de Madrid y me animó a hacerlo también en Getafe. Infatigable activista de causas perdidas (las únicas, por cierto, que siempre merecen la pena) consiguió convencer a la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento para incluir esta presentación en el programa de la Feria del Libro. Y a Margarita Hierro para que lo presentara.

Rosa Blanca me explicó, además, que Margarita era la animadora de un centro de poesía que lleva el nombre de su padre, y que buena parte del fondo de libros del centro eran los del poeta recién desaparecido.

Me bastó con eso. Entre otras, por dos razones. Porque yo escribo poesía desde los diecinueve años y más que cuentista me considero poeta. Y porque José Hierro es el autor de un libro maravilloso titulado *Alegría* - premio Adonais 1947 – uno de cuyos poemas es el soneto *Viento de Otoño*. Somos muchos (entre otros, por ejemplo, mis dos hijos) quienes incluiríamos este soneto en los libros de texto de español de primer grado para que se recitara de corrido en las escuelas.

Así que el diez y seis de octubre pasado Rosa Blanca y su marido Antonio, me trajeron en su coche hasta el centro de poesía José Hierro para que Margarita y yo pudiéramos conocernos.

Ese día estuve en Getafe poco más de tres horas pero resultaron inolvidables. Pues en tan corto periodo de tiempo visité este centro de arte y contemplé una exposición de fotografía; vi los anuncios y leí el programa del festival de teatro de otoño; asistí al inicio de un mitin electoral; saludé a los integrantes de un taller de escultura y otro de pintura; recorrí las instalaciones de una biblioteca pública dotada de

amplias secciones para adultos y niños; me ofrecieron participaciones en una rifa a beneficio del pueblo saharauí; me asomé, asombrado, al ensayo de una orquesta de cámara formada por aficionados; y fui espectador de una lectura de poemas sobre los palos fundamentales del flamenco, punteada con rasgueos de guitarra y flanqueada por una exposición de carteles alusivos a los poemas y los palos.

Al final del recital alguien comentó que Enrique Morente actuaba en el auditorio de la Universidad al mismo tiempo y que eso le había restado público al acto. ¡Y aún así, el centro de poesía estaba a rebosar! Impresionado, les expliqué a los organizadores que tres meses atrás la presentación de un libro sobre un tema de actualidad por un conocido periodista de televisión amigo mío en la Casa del Libro de Gran Vía de Madrid, e introducido por un periodista aún más conocido, no había sido capaz de reunir tanta gente.

Luego, mientras preparaba esta presentación me enteré de la existencia del Instituto de Cultura del Sur, creado hace un año por los ayuntamientos de Fuenlabrada, Getafe, Móstoles y Parla, a los que

pronto se unirá el de Alcorcón, y cuyo programa de actividades para este curso privilegia el análisis del mestizaje y de la influencia de la inmigración.

Y hace una semana estuve con bastantes de ustedes en la inauguración de la duodécima feria del Libro de Getafe. En esta misma sala me reencontré con César Navarro, un buen amigo desde mis épocas de juventud, ex presidente del Ateneo de Madrid, hombre ilustrado donde los haya, y getafeño de pura cepa. El me presentó a Martín Sánchez González por quien, por si no tenía motivos bastantes de sorpresa, supe de la existencia del Instituto de Estudios Históricos del Sur de Madrid "Jimenez de Gregorio" cuyos terceros Anales se presentaron el pasado fin de semana en esta misma sala conteniendo interesantes trabajos históricos sobre Getafe.

A continuación pasamos un rato estupendo escuchando a Enriqueta Antolín contarnos detalles interesantes y divertidos sobre su vida y su actividad como escritora.

A este Getafe, ímplicita capital cultural del sur de Madrid, vengo hoy, pues, ahora en circunstancias muy distintas a las de aquella brumosa madrugada de hace treinta y dos años. Agradecido por la invitación. Admirado por su pujanza intelectual y artística. Feliz de estar entre ustedes. Alegre, muy alegre, por presentar aquí este libro.

Porque de eso tratan los doce relatos que lo componen. De la alegría de estar vivos. Y, también, de sus dolores, paradojas, aciertos y desaciertos, sufrimientos y desengaños. Porque la vida no se elige. Nos viene dada. Y condicionada. Por nuestro código genético. Por las circunstancias que rodean a nuestra concepción y alumbramiento. Por el trato que recibimos durante la infancia. Por el medio familiar, social y cultural en que crecemos y nos desenvolvemos.

Desentrañar esa tupida malla de condicionantes constituye parte esencial de la aventura de vivir. Sobreponernos a muchos de ellos jalona el siempre inacabado "viaje interior" en busca de la libertad íntima, ámbito primordial e innegociable de la libertad a secas.

Susan Sontag, a quien en menos de dos semanas le acaban de entregar el premio de la Paz de los librereros y editores alemanes y el premio Príncipe de Asturias de las letras, lo explicaba con un juicio luminoso sobre sí misma: "Yo puedo parecer muy libre pero no siempre fui así. Yo lucho cada día contra ese esclavo (interior) que quiere que piense y sienta como los demás"

Para eso parece que sirve escribir. Al menos, a mí me ha servido.

Pero al mismo tiempo, escribir puede también servir para impulsar otro tipo de viaje, el "viaje exterior", en busca del Otro y de los otros.

En mi caso, viajar fue ante todo un sueño de infancia nutrido por los tebeos, las novelas de aventuras, los libros escolares de geografía e historia, las películas y la primera televisión (aquella de la carta de ajuste en blanco y negro con circulitos, ¿recuerdan?).

Y - como en el caso de aquellos escritores del siglo XIX que se inventaban continentes fabulosos y océanos inconquistables sin moverse de casa - alentado por la imaginación.

Pues recuerdo que yo devoraba aquellos materiales impresos con el ansia de quien, más que leerlos, los iba recreando mientras los leía. Ya desde las primeras líneas de cada capítulo mi mirada resbalaba sobre la letra impresa, "se me iba el santo al cielo", y la fantasía levantaba el vuelo e improvisaba sobre la marcha desarrollos imposibles, argumentos inverosímiles, finales disparatados. A menudo me interesaban más mis invenciones que las del autor y, tras un par de intentos infructuosos, abandonaba el capítulo (y también el libro) sin terminarlo.

También me recuerdo entre los cinco y los ocho años durmiendo en un pequeño sofá - cama del comedor del pequeño pisito donde poco antes mi padre había instalado uno de los primeros televisores que hubo en el edificio. Mi madre me acostaba después de cenar y me hacía prometerle que me dormiría enseguida. Para facilitarme el sueño bajaba

el volumen del aparato hasta dejarlo casi mudo. En particular, como muchos niños de la época, tenía prohibido abrir los ojos si el anuncio de la película de la noche aparecía con dos rombos en la pantalla.

Así, aprendí a ver el cine como los nómadas el desierto: a través de la fina rendija de mis párpados entrecerrados. Y a inventar, por mi cuenta y al hilo de las mudas imágenes entrevistadas, argumento y diálogos (ejercicio que, por cierto, de vez en cuando todavía hago en mi asiento de viajero de fin de semana cuando el conductor pone en marcha el servicio de video en el autobús de línea entre Madrid y Bilbao) Lo curioso es que, a la mañana siguiente, yo era quien, con mayor entusiasmo y lujo de detalles les narraba a mis compañeros de pandilla, la película prohibida.

También me recuerdo, más o menos en esa época, paseando con mi madre a la salida del colegio y empujando en el cochecito a mi única hermana, seis años menor que yo, y contándole cuentos para entretenerla. Ella me reclamaba luego por las noches que concluyera la historia y solo así se dormía. Y yo, que nunca he sido bueno para los

finales, la engañaba como podía y alargaba el relato de un día para otro con tal de no verme obligado al forzado ejercicio de tener que acabarlo. Inevitable inicio en los rudimentos del suspense que siempre me ha parecido un componente esencial del buen narrar. Ya adulto, lo volvería a reeditar, echando a mano a poemas y canciones como recurso de apoyo, cuando me llegó el turno de acostar a mis hijos.

¡Que poderosa es la imaginación, la de los niños y la de los adultos, si trabaja con buena materia prima! Y ¿cual mejor que la realidad misma? Una realidad que pesa, mide, siente, huele, ríe, grita, suda, llora... Pocas veces amable. A menudo, terrible (el periodista David Rieff acaba de presentar en Madrid el libro *Crímenes de Guerra* por si lo habíamos olvidado) Rara vez hermosa. Insuperable siempre.

Esto he aprendido a lo largo de treinta y cinco años de escribir sin publicar: que nada supera a la realidad, salvo la realidad misma. Y, también, que nosotros formamos parte de ella. Pues nuestros sentimientos (esa especial vibración del alma de la que Conrad decía que forma la materia prima de la vida misma) forman parte, a menudo de

forma inadvertida, de los sentimientos de otros. Como lo forman también nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestras ideas y emociones, nuestras pesadillas y sueños. ¡Qué tarde solemos descubrir, sobre todo los hombres, lo relevantes que, casi sin saberlo, podemos llegar ser para otros! ¡Y lo mucho que, a su vez, nos influyen!

Y es, precisamente, en esa compleja relación entre el yo y el yo, y entre el yo y el yo que es ya casi tu (o vosotros o ellos); y entre el yo y el tu que es puro tu (y entre el nosotros y el vosotros); relación mil veces destruida y mil veces (re)construida, tanto dentro como fuera de nosotros mismos, donde - chispa sorprendente, débil fulgor de amanecida – brota el impulso creador. Donde nace lo nuevo.

Escribir me ha ayudado porque ha sido un compañero fiel, disponible y arisco como ese “amigo fantasma” que se inventan los niños para sentirse menos solos. En mi caso, se trata de un amigo que se ha empeñado en crecer y madurar conmigo. Quiero decir que la vida, claro, ha ido nutriendo y cambiando mi forma de escribir al tiempo que

cambiaba mi forma de mirar y de sentir. Como diría mi abuela “mi forma de ser”

Desde los versos torpes y copiados de la adolescencia; a los poemas de soledad y vacío de un largo exilio interior; a los primeros relatos cortos de quien busca salir de un pozo hondo y se va lejos, y tropieza de pronto con el gran amor; a la novela de los densos años donde se gestó todo eso, escribir y viajar han sido en mi caso, dos formas distintas de ponerle argumento a la vida.

Llegados a este punto alguien dirá, bueno, ya sabemos desde cuando escribe este señor y, si acaso, un poco de por qué lo hace. Pero ¿por qué publica? ¿No hay ya suficientes libros en las librerías? ¿No están saturados los catálogos editoriales de nuevos autores, de nuevos títulos, que brotan como setas en otoño lluvioso? ¿Y no resultan insípidos por irrelevantes la mayoría de ellos? ¿O, en el mejor de los casos, desoladoramente efímeros?

No puedo responder con propiedad a esta pregunta. La respuesta quizá tiene que ver con la casualidad (y con el buen hacer de algunos amigos, entre ellos los amigos de Ex-Libris) y poco con lo racional. Solo puedo decir que publicar ahora me produce una alegría especial. Sentimiento que se ve reforzado por el hecho de estar hoy aquí con ustedes, compartiendo este momento y estas reflexiones.

Ahora que lo pienso, tal vez yo buscaba sin saberlo la peculiar alegría de compartir, esa expansiva sensación de entregar a otros una parte de lo visto y lo sentido – y, también, intuido, imaginado, soñado, conversado, escuchado - durante años de mirar, pensar y sentir en hoteles, apartamentos, estaciones de tren y aeropuertos de países lejanos y cercanos; de explorar lo cierto y lo verosímil; de indagar entre la vigilia y el sueño, entre lo proyectado y lo sucedido.

Y de entregarlo de una forma que permita la apropiación, por uno mismo y por otros. Tal vez sea una reedición ampliada y revisada de aquella sensación infantil de fantasía estimulada por el hecho de ver, leer y contar que experimenté de niño, y todavía siento.

Pues nada me parece más real que la fantasía. Solo ella nos ayuda a seguir viviendo con ánimo explorador. A gozar cada hallazgo como un tesoro. A no cejar. En frase de filósofo célebre: a “buscar como quien espera hallar; a hallar como quien espera seguir buscando”

Santa Teresa, que padecía éxtasis místicos, aseguraba que la “imaginación es la loca de la casa”. Sin embargo Einstein, que era un físico teórico, aún proclama en las camisetas de los jóvenes de medio mundo “imagination is more important than knowledge”. ¿Contradicción? ¿Paradoja? Tal vez no.

Antonio Lobo Antunes nos ha recordado hace poco que cuando la madre de Conan Doyle supo que su hijo quería matar a Sherlock Holmes para ocuparse de libros que a él le parecían más serios, le escribió diciéndole: “Líbrate de hacerle ningún daño, por pequeño que sea, a una persona tan simpática y educada como el señor Holmes”. Y su hijo, qué remedio, obedeció. Todavía hoy, setenta y tres años después de la muerte de Conan Doyle, llegan unas cuarenta cartas

semanales al 221-B de Baker Street, que nunca fue la dirección del domicilio cierto de Conan Doyle sino la inventada de Sherlock Holmes.

Creo que esto es lo que le importa al lector. No, si el autor tardó mucho o poco en escribir; o cómo lo hizo; o si decidió publicar antes o después; o si sus razones fueron unas u otras. El lector seguramente desea que una obra literaria le haga evocar, pensar, sentir, imaginar, llorar, reflexionar, reír, recordar... Que le libere, siquiera por un rato, de los confines de su propia existencia y le ponga en contacto con personajes distintos a los de su cotidianidad. O, al menos, que le muestre a éstos bajo una luz distinta. Salvo casos extremos, no se trata de huir de la realidad sino de ejercer el exclusivo privilegio humano de vivir varias (a veces muchas) vidas en el corto espacio de una sola.

Sospecho que al final del día, antes de irnos a dormir, todos esperamos que llegue alguien y nos cuente algo. Algo que nos estimule la imaginación, nos proponga un tema para soñar y nos anime a seguir viviendo.

Confío que estos relatos míos consigan algo de eso.

Hace poco leí que “el placer es incomparablemente más vistoso que el dolor pero posee el defecto de que se deshace entre los dedos y parece siempre de garantía humana inferior... el placer invita al festín individualista mientras el dolor propende a la participación...” Tras lo cual el autor, un conocido sociólogo y ensayista, concluía que “la fuerza del dolor compartido... nos iguala y nos redondea humanamente para alcanzar al menos el éxito primordial de no sucumbir a solas”

Confieso que durante gran parte de mi vida adulta, de una forma u otra, he compartido esta idea. Sobre todo, cuando huyendo de las rutinas, soledades y decepciones de mi vida de entonces, me refugiaba a escribir. Rilke me lo resumió para siempre: “¿Quién habla de victorias? – escribió con estoicismo célebre – Sobreponerse es todo”

Sin embargo, desde que he visto publicados estos relatos, y he hablado de ellos con amigos y conocidos, y también con personas a

quienes nunca antes había visto y que tal vez los lean, y puede incluso que los disfruten, mi punto de vista ha cambiado.

Al menos en parte.

Pues por un lado sigo pensando, como el autor antes citado, que “gracias al dolor descubrimos...”. Sí. Probablemente, el dolor, la soledad, los sinsabores - si no nos matan - azuzan el intelecto, templan la voluntad, agudizan el ingenio. “Llegué por el dolor a la alegría / supe por el dolor que alma existe” – así empezaba Pepe Hierro su libro. En resumidas cuentas, nos fortalecen.

Pero ahora, gracias a que puedo compartir, a que el solitario esfuerzo se muestra, y llega, y al otro lado hay alguien que tal vez escuche, y, ¡oh maravilla!, quizá responda, siento como imagino sentía el Pepe Hierro de los años duros cuando concluía el soneto inolvidable: “Por el dolor que nos tiene cautivos / por la sangre que mana de la herida / ¡alegría en nombre de la vida! / Somos alegres porque estamos vivos”

Esto he aprendido: que escribir, aunque se disfrute, a menudo duele. Publicar permite compartir. Y quien comparte aprende. Aprender motiva a seguir compartiendo. Y, de paso, escribiendo. Junto a tantos círculos depresivos y viciosos nutridos de ignorancia, codicia, desmedido afán de poder, recelo y odio, también los hay virtuosos. Contruir unos u otros depende de nosotros, y de nuestra relación con lo que nos rodea. En particular, con los otros.

No siempre es una relación sencilla como tampoco lo es la de nosotros con nosotros mismos. Pues ambos viajes, el interior y el exterior, son, a poco que se mire, un único y mismo viaje. Escribir, leer, conversar, hacer el amor, soñar... son puentes que los humanos construimos para tratar de circular entre las dos grandes avenidas por donde viajamos.

Frágiles, si se quiere. Pero indispensables. Cruzarlos nos permite mirar a lo lejos, sentirnos dueños de la perspectiva, atisbar la dirección del viaje. Desde esa altura se pueden contemplar paisajes hermosos.

También terribles. Pero mirar desde ahí refuerza la confianza quien mira en su mirada. Y eso alegra, incluso en medio de la turbulencia y la dificultad.

No estoy seguro que, como quiere Martín Garzo, la palabra pueda salvar al mundo. Pero, al menos, nos puede ayudar a salvarnos a nosotros mismos. En todo caso, mirar y hablar compartiendo visión y palabra transforma la alegría en gozo.

Así me siento hoy. Y eso es algo que les debo a ustedes.

Siempre les estaré agradecido por ello.